

OBSERVACIONES CRITICAS EN TORNO A UN LIBRO POR GORDON K. LEWIS*

Por JOSÉ EMILIO GONZÁLEZ**

EL renovado interés en los estudios sobre Puerto Rico tal vez sea síntoma de que se acerca un cambio decisivo en nuestra historia. Si nos asomamos solamente a lo sucedido en ese campo durante las últimas tres décadas, podremos comprobar que tal interés va constantemente en alza. Naturalmente, aquí no podemos pararnos a mencionar los numerosos artículos publicados en revistas y periódicos del país, de la América hispana y los Estados Unidos, enfocando los más variados aspectos de nuestra vida. En inglés la bibliografía es extensa. Baste recordar en la década del treinta el famoso informe de la Institución Brookings y el no menos célebre *Porto Rico: A Broken Pledge* de Baile W. y Justine Whitfield Diffie. Terminada la Segunda Guerra Mundial aparecen importantes libros también en inglés. 1947 fue un año especialmente fructífero. En ese año salieron: *Democracy and Empire in the Caribbean*, de Paul Blanshard; el fundamental estudio *Puerto Rico's Economic Future*, de Harvey S. Perloff, y los tan discutidos *The Stricken Island* de Rexford Guy Tugwell (autor, además, del recientísimo *The Art of Politics*) y *Puerto Rican Paradox* de Vincenzo Petruzzo. Dos años después sale la enorme combinación de estudios sociológicos y antropológicos que dirigió Julian Steward, que se publica bajo el nombre de *The People of Puerto Rico*. En los últimos diez años predominan las investigaciones sociológicas, como el bien conocido libro de J. Mayone Stycos, *Family and Fertility in Puerto Rico* (1955), el de Melvin M. Tumin y Arnold Feldmann, *Social Class and Social Change in Puerto Rico* (1961) o el de Thomas Childs Cochran, *The Puerto Rican Businessman: A Study in Cultural Change* (1958). Los libros de Earl Parker Hanson, *Transformation: The Story of Puerto Rico* (1955) y *Puerto Rico: Land of Wonders* (1960), per-

* Lo sustancial de este artículo fue ofrecido como ponencia en el foro que auspició la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo Puertorriqueño, la noche del jueves 19 de marzo de 1964.

** Profesor de Literatura en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico.

tenecen más bien a la literatura de propaganda y no pueden incluirse en el mismo círculo con obras de carácter científico como la de Thomas G. Mathews, *Puerto Rican Politics and the New Deal* (1960).

Si consultamos la bibliografía en español también podemos advertir un *crescendo* de interés. Ya la llamada "generación del treinta" en Puerto Rico se inquietaba profundamente por los problemas de nuestro ser y de nuestro devenir como pueblo. Esta inquietud se virtió en revistas como *Indice* (1929), *Brújula* (1934) y *Ateneo Puertorriqueño* (1935). De mediados de la década del treinta son dos libros capitales: *Insularismo*, de Antonio S. Pedreira, y *Prontuario histórico de Puerto Rico* de Tomás Blanco. Ambas aspiran a interpretar nuestras realidades sociales e históricas. Mientras que en inglés la literatura sobre Puerto Rico, escrita mayormente por norteamericanos, deriva principalmente hacia los estudios de sociología, antropología y ciencias políticas, en español los puertorriqueños se orientan más hacia lo histórico y problemas de índole cultural. El primer tomo de la monumental *Historia de Puerto Rico en el siglo XIX*, de Lidio Cruz Monclova, sale en 1952. Es una enciclopedia histórica comprendida en tres volúmenes. El último tomo, en dos partes, aparece en 1962. Luis M. Díaz Soler saca en 1953 su amplia *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*. Tres años más tarde sale la primera historia completa de la literatura puertorriqueña, hazaña esta de Francisco Manrique-Cabrera. En 1958, María Teresa Babín publica su abarcador *Panorama de la cultura puertorriqueña*. Al año siguiente, Bolívar Pagán da a la publicidad los dos gruesos volúmenes de su *Historia de los partidos políticos puertorriqueños*. También ha habido recientemente estudios biográficos de gran calibre como el *Luis Muñoz Rivera* de Cruz Monclova y el *Rosendo Matienzo Cintrón* de Díaz Soler. Pero no han faltado en los últimos años estudios de sociología y de ciencias políticas por profesores puertorriqueños como Elena Padilla, Edwin Seda, Charles Rosario y Herbert Marty.

Es dentro de este marco de interés cada vez mayor en los estudios puertorriqueños que viene a situarse el grueso volumen de Gordon K. Lewis, publicado en los Estados Unidos, *Puerto Rico: Freedom and Power in the Caribbean* (New York: MR Press, 1963). El libro ha llamado justamente la atención por tres razones, a saber: (1) constituye un enfoque casi total de nuestros problemas, (2) el carácter controvertible de muchos de sus juicios, y (3) su autor es un profesor británico, radicado hace unos cuantos años en Puerto Rico, donde enseña en la Universidad. No cabe duda de que este libro es una contribución importantísima a los estudios en inglés sobre Puerto Rico y,

en general, al gran debate que transcurre en nuestro país sobre lo que hemos sido, lo que somos y lo que queremos ser.

Hay dos maneras posibles de juzgar esta obra. La primera sería desde el punto de vista del lector, en términos de sus propias ideas, sentimientos, opiniones, etc. Pero con ello se corre el peligro de reprochar a Lewis el *no* haber escrito el libro que cada uno de nosotros, si pudiese, escribiría. Tal manera de juzgar la obra me parece injusta. Más acertado parece ser el punto de vista que acoge al libro en sus propios términos, tal y como el autor nos lo ha entregado. Podemos entonces verificar si las proposiciones están substanciadas, si faltan datos pertinentes, si hay contradicciones, si la organización interna del libro se justifica, etc. Ello no obsta para que, una vez hecha tal labor crítica, podamos ofrecer nuestras propias ideas.

En este sentido es preciso tener en cuenta que el libro está escrito para los norteamericanos o, por lo menos, para un público de habla inglesa. Debemos estar conscientes de que somos puertorriqueños enjuiciando un libro escrito para extranjeros. Otro factor a tomar en cuenta es la inmensa cantidad de datos, materiales, reflexiones y juicios que contiene esta obra. Las complicadas estructuras y procesos de la sociedad puertorriqueña pasan ante nuestros ojos. Sobre ellos se dicen muchísimas cosas, con toda probabilidad algunas equivocadas. Además, Lewis penetra en intrincadas cuestiones técnicas. Cuando discute la organización de la economía de Puerto Rico, sus relaciones con la de Estados Unidos, el papel del ejecutivo en el gobierno de nuestro país o el de la rama legislativa, por ejemplo, el autor se adentra en muchas cuestiones que requieren conocimientos especializados. Creo que lo más prudente en tales casos es aceptar provisionalmente lo que el autor afirma o niega, con la reserva de pronunciarnos finalmente cuando contemos con más saberes.

En este artículo me abstendré de hacer una reseña general de *Puerto Rico: Freedom and Power in the Caribbean*, porque la obra ha sido excelentemente reseñada por el doctor Manuel Maldonado Denis, en recientes artículos en *El Mundo* y por los profesores María Teresa Babín y Milton Pabón en las ponencias que leyeron en el Foro del Ateneo Puertorriqueño.¹ Aquí me propongo sencillamente formular algunas observaciones críticas, en su mayor parte negativas. Debo advertir que yo estoy de acuerdo con muchas de las cosas que dice Lewis. Es necesario que yo insista en este punto, pues aquí voy a hacer constar mis discrepancias, en algunos casos muy vigorosas. No quisiera que mis comentarios dejaran la impresión de que yo encuentro el libro

¹ El texto de dichas ponencias aparece publicado en este mismo número de la *Revista de Ciencias Sociales*.

malo, cuando precisamente lo contrario es la verdad. Es muy bueno. Admiro la capacidad de estudio y de crítica del doctor Lewis. Por ello mismo, me veo precisado a ser más exigente con él.

Primero formularé unas cuantas críticas generales. El libro, como ya he dicho, es muy abarcador. Apenas si hay faceta de la vida puertorriqueña que escape al ojo alerta de Lewis. Se esfuerza éste genuinamente por comprendernos. Dudo que haya persona en este mundo que haya leído tanto sobre Puerto Rico como Gordon K. Lewis. El ha intentado hacer lo que normalmente hubiera sido tarea de un equipo de especialistas, ocupándose cada uno de una vertiente de nuestro ser y de nuestra historia. En este sentido, todos los puertorriqueños le debemos gratitud por su dedicación.

Posee la obra, además, la ventaja de que nos obliga a vernos reflejados en una sensibilidad distinta a la nuestra. Nos ayuda a vernos como nos ven los otros —pero esta vez en los ojos de un extranjero que siente auténtica simpatía por lo nuestro.

El libro es una cantera de datos. Una mina de información. Pero está muy lejos de ser nada más que esto. Los datos son valorados e interpretados por Lewis. El los prende en una red de concepciones. Los ilumina desde diversos ángulos. La objetividad del dato queda salvada, pero no es un dato muerto. Funciona dentro de un complejo de vida. Lewis no es el ejemplo del científico social objetivo, neutral. El tiene sus propias ideas, sus propios modos de pensar y de sentir. Y no finge una falsa, ilusoria objetividad. Valientemente expone sus puntos de vista. Con coraje, se compromete. Su voz no sólo describe; aspira a guiar. Ayuda a los hombres en la búsqueda de verdades salvadoras.

Por su ánimo combatiente, por su espíritu crítico, el doctor Lewis mantiene vivo el interés del lector. Su estilo es impresionante, lleno de antítesis. Hace observaciones muy perceptivas, a menudo, ingeniosas. Aplica su inteligencia y su sensibilidad al estudio de la realidad social. No obstante las seiscientas páginas del volumen, jamás nos agobia la sensación de fatiga. Jamás se nos cae de las manos. Es un libro que excita al pensamiento ahondante sobre los problemas de Puerto Rico.

Otro mérito de este libro es que no sólo ve a nuestro país en su devenir interno, sino que lo relaciona con lo que existe más allá del ámbito isleño, a saber, (1) con la región geográfica y cultural más inmediata del Caribe —esto es un enfoque nuevo—, (2) con el orbe cultural y político hispanoamericano, y (3) con las perspectivas internacionales de Africa, Asia y Europa. En otras palabras, descarta una

aproximación estrechamente insularista. Humildes como somos, ve que tenemos nuestra palabra que decir en el mundo del mañana.

La balanza general del libro se inclina del lado crítico. Podemos pensar que fue escrito en respuesta a la literatura apologética del gobierno del Partido Popular Democrático, tal como aparece en los ya mencionados libros de Earl Parker Hanson. Somete a severo escrutinio al *Establishment* puertorriqueño. Algunas de las páginas de esta obra despliegan una verdadera colección de horrores. Señala males. Fustiga. desafueros. Plantea problemas. Pero también propone soluciones. Y ellas, porque vienen respaldadas por la capacidad de un estudioso de tal envergadura, merecen nuestra más cuidadosa consideración. Es cierto que al terminar de leer la obra nos queda un regusto a ceniza en la boca. Pero también lo es saber que *no* todas las esperanzas están perdidas. El doctor Lewis confía en que los puertorriqueños pueden y saben resolver sus problemas. Hemos dejado de ser los niños de la colonia para convertirnos en hombres maduros para la libertad.

Son grandes los méritos de este libro—no los he mencionado todos—pero tiene, no obstante, algunos defectos. Uno de los más importante es la tendencia excesiva a la simplificación. Esto parece contradecirse con lo que ya he indicado: el libro es, en realidad, muy complejo, porque compleja es nuestra vida. Sin embargo, en muchos casos, Lewis simplifica demasiado las situaciones. Por ejemplo, cuando recorre nuestro pasado histórico de cuatrocientos años en ciento treinta y siete páginas. Más adelante veremos otros ejemplos. Correlativa a ésta hay otra tendencia: la propensión a presentar en forma impresionante, por medio de antítesis, ciertas situaciones. El método del contraste es muy útil, sin duda, cuando efectivamente existe contraste en la situación. Pero el anhelo de presentar las cosas en la forma antes dicha puede llevarnos a una extremada simplificación. ¿Es que acaso siempre puede el nexo polar de oposición sustituir a la necesidad de tomar en cuenta otros factores también envueltos en determinada situación?

No cabe duda de que Lewis trata de comprender a los puertorriqueños. Ha leído extensamente a nuestros autores. Ha observado nuestra vida en todas las clases. Pero nos sorprende a veces con su incompreensión frente a ciertos fenómenos y procesos de nuestra existencia nacional. Cuando pensamos en el libro en conjunto no podemos menos que concluir que el esfuerzo de comprensión de Lewis se ha quedado trunco. ¿Es que un extranjero, por más generoso que sea en su disposición, podrá comprendernos cabalmente? Hay capas de nuestro ser que permanecen veladas ante la mirada penetrante de Lewis. Sería

tal vez pedir demasiado, y sin embargo, no podemos abandonar la fe de que el doctor Lewis sería capaz de comprendernos.

Procedamos ahora a puntualizar ciertas críticas específicas. En el capítulo 2, "The Caribbean Background", con que empieza propiamente el argumento del libro, se enfoca el desarrollo histórico de Puerto Rico en el contexto del proceso colonizador de la región del Caribe. Ha sido éste la historia del imperialismo europeo y de la esclavitud. (29)² Hasta 1700, las sociedades del Caribe eran "francamente de esclavos y amos". (30) En lo que concierne a Puerto Rico, dudo de que tal afirmación baste para caracterizar nuestra sociedad hasta el siglo XVIII. El gobierno de la Corona, como bien se sabe, fue hostil a la esclavización de los indios. Con respecto a la importación de negros africanos su política fue vacilante. Díaz Soler, en su obra *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico* nos dice, a la pág. 82: "De acuerdo con el censo tomado en 1765, la isla tenía una población total de 44,883 personas, de las cuales 39,846 eran libres y 5,037 eran esclavas. Las cifras señalan que la clase libre era ocho veces mayor que la clase esclava, lo cual indicaba la insignificancia de las importaciones de negros hasta 1765". Sería un error creer que cada habitante blanco era dueño de esclavos, tan siquiera, porque el dinero no abundaba y los negros costaban dinero.

Otra característica de este tipo de sociedad según Lewis, era su hostilidad a influencias liberales extranjeras. (33) Para ilustrar el punto, Lewis menciona la oposición que surgió en 1941 a las reformas administrativas de Tugwell. Pero la resistencia a corrientes liberales se da no sólo en las sociedades del Caribe, después de la Emancipación de los Esclavos, sino prácticamente en todos los países, incluso, naturalmente, los de Europa. La sociedad puertorriqueña de 1941 no tiene la mentalidad esclavista que muchos poseían en nuestro país hacia 1873. No hay relación causal demostrable entre una situación y otra.

En el capítulo 3, "The Spanish Legacy", el proceso histórico de Puerto Rico bajo el dominio español nos parece enormemente simplificado. ¿Puede decirse con justicia histórica que la esencia de la política española hacia Cuba y Puerto Rico fue de exclusivismo calculado? (48-49) Por lo menos, hubo interrupciones de esa política. Isabel Gutiérrez del Arroyo, en su obra *El reformismo ilustrado en Puerto Rico* dice: "Observemos concretamente la desaparición gradual de las trabas mercantiles en la legislación para hacer más libre el comercio de América. La era de las reformas comerciales se inicia

² Los números entre paréntesis que siguen inmediatamente a una cita o a un pasaje parafraseado, corresponden a las páginas en el libro de Lewis.

poco más o menos a mediados del siglo dieciocho". (Pág. 62. Ver también las páginas que siguen inmediatamente en ese libro).

El doctor Lewis no hace justicia a las contribuciones que España hizo a la cultura y la civilización de Puerto Rico. Somos descendientes étnica y culturalmente de España y son escasísimos los puertorriqueños que reniegan de ese abolengo. Puerto Rico es uno de los países hispanoamericanos donde con más simpatías se ve a los españoles. Nos trajo España su maravillosa lengua, a la cual los puertorriqueños nos hemos rehusado a renunciar, no obstante la presión enorme de todo un sistema escolar y de propaganda norteamericanizante. Sería larga la lista de bienes que nos trajo España, pero es innegable que nos trajo muchos males. Lewis parece hacerse eco de la leyenda negra cuando nos habla de "the inherent brutality of Spain..." (271). Pero brutalidad hay en todos los pueblos y es injusticia decir que los españoles son esencialmente brutales. También menciona "The Spanish social religion of *hidalguismo*" (59) como ejemplo de la naturaleza autoritaria de nuestra sociedad. Tal afirmación hace dudar de que Lewis comprenda lo que está implicado en el concepto de hidalguía que no es sólo un concepto de clase sino que, conlleva notas morales como generosidad de espíritu, nobleza espiritual, amor por los oprimidos. Baste recordar que el más grande de todos los hidalgos españoles, Don Quijote de la Mancha, se rebela contra el Estado en aras de la libertad humana en el famoso episodio de los galeotes. Olvida Lewis que en España ha habido una larguísima tradición de democracia social, en los municipios, y de autonomía regional. Baste recordar el levantamiento de las Comunidades de Castilla contra Carlos V. Fue este emperador, que no era un español, quien introdujo el autoritarismo en la Península. En lo que concierne a Puerto Rico, fue el "liberal" Tugwell quien comenzó la obra de destrucción de la autonomía de nuestros municipios, que habíamos heredado de España.

Cita Lewis en apoyo de su tesis los elogios desmesurados que se hicieron al Duque de Escalona cuando visitó Aguada en 1640 (60), pero elogios desmesurados se dan en todas partes. Pensemos, por ejemplo, en lo que ha ocurrido en Estados Unidos con motivo de la muerte de Kennedy.

A la pág. 61 de su libro, el doctor Lewis dice que una sociedad desesperada produjo una literatura de la desesperación. Dicho así, constituye una enorme simplificación. La nota desesperada se da, ciertamente, en nuestra literatura del siglo diecinueve. Pero no se puede caracterizar a toda nuestra literatura por esa nota nada más. Es, por lo menos, dudoso que ese sea el rasgo principal de aquélla.

Tampoco creo que sea justo afirmar que los grandes líderes de

la independencia se las arreglaron para no ir más allá de un mero juego con fantasías románticas sobre la revolución. (62) Quienes hayan leído la vida y los escritos de Eugenio María de Hostos y de Ramón Emeterio Betances no pueden decir esto. Sorprende tal aserto en boca de un escritor que ve como necesaria la Revolución social y económica en el Caribe y en la América Latina. ¿Acaso es la suya también una fantasía romántica sobre la Revolución?

Tampoco es cierto, como se declara en la pág. 62, que cada vez que hubo un brote o estallido de liberalismo en el siglo diecinueve, los líderes puertorriqueños prefirieron depender de la estrategia de concesiones arrancadas a Madrid. No es cierto de Betances. No es cierto de Hostos. No es cierto, en ocasiones, hasta del mismo Luis Muñoz Rivera.

Refiriéndose a las ilusiones de quienes creen que al gobierno de la Carta Autonómica de 1897 no se le dio una verdadera oportunidad de ser probado, dice Lewis que la historia de España subsiguiente no justifica tal expectativa. (65) Y para probarlo asegura que la República no se pudo salvar contra la dictadura de Primo de Rivera ni contra la rebelión franquista de 1937. En cuanto a la dictadura de Primo de Rivera, es preciso hacer constar que entonces no existía en España la República. En cuanto a la rebelión franquista, ya conocemos todos la historia de cómo la Segunda República Española se defendió valientemente contra los fascistas, respaldados por Alemania e Italia, y sólo sucumbió debido a la política de manos afuera de la Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, quienes, por lo mismo, se convirtieron de hecho en aliados de Franco. Por último, no fue la República quien concedió la Carta Autonómica sino la monarquía.

En el capítulo 5, "The Imperialism of Neglect: 1898-1932", Lewis enfoca el primer período bajo la dominación norteamericana. Señala que la partida de España no provocó en los puertorriqueños manifestación alguna de verdadero pesar. (85) Si ello fue así, ¿qué se hizo de la hispanofilia que Lewis atribuye, en la pág. 62, a los liberales puertorriqueños? Si los separatistas eran una diminuta minoría, como Lewis afirma, ¿por qué la inmensa mayoría de los puertorriqueños no manifestó su inmenso dolor por la idea de España?

El doctor Lewis señala que no surgió una literatura que cultivara el mito de un Puerto Rico feliz bajo España, a pesar de que luego cita el libro de Vicente Balbas Capó, *Puerto Rico a los diez años de americanización*, publicado en 1910, donde se defiende al régimen español y la superioridad cultural de España. (293) No surgió tal literatura mitológica porque, en efecto, Puerto Rico no era feliz bajo España y los escritores de principios del actual siglo se hallaban demasiado

cerca de aquel período en que estaban todavía muy vivos los recuerdos de lo que había pasado. Pero, y esto es lo que Lewis no dice, fueron los escritores modernistas los que primero plantearon el problema del choque cultural entre Puerto Rico y los Estados Unidos. Cualquiera que haya leído a Luis Lloréns Torres, a José de Diego y a Pérez Pierret sabe que hubo una revalorización de lo hispánico. Cuando perdimos a España, la empezamos a echar de menos. Nos dimos cuenta que había ciertos valores que era preciso salvar porque habían pasado a ser constituyentes de la cultura puertorriqueña, amenazada ahora por la hegemonía norteamericana.

Dice Lewis que la sociedad puertorriqueña recibió generosamente la penetración y la guía norteamericanas (86), pero no menciona que se alzaron voces de protesta, entre las que se destacaron la de Betances y la de Hostos. Los comisionados puertorriqueños que visitaron al presidente McKinley, a raíz de la invasión, tampoco estaban en humor de contestar que sí a todo lo que decían los nuevos dominadores.

En el capítulo 6, "The Politics of Survival: 1898-1932", el doctor Lewis lanza su primer ataque contra el Partido Nacionalista Puertorriqueño, calificándolo de "neofascista" (104), pero no aporta evidencia alguna para respaldar tal calificación. Como Lewis insiste en su condena del Partido Nacionalista en varias ocasiones en su libro, vamos a reunir aquí nuestras observaciones en torno a este asunto. El Partido Nacionalista se fundó el 17 de septiembre de 1922 y en Declaración de Principios especificó: "Acudirá a los comicios con el propósito de regir los intereses del pueblo de Puerto Rico, y para hacer realizable nuestra suprema aspiración". (Citada por Bolívar Pagán, *Historia de los partidos políticos puertorriqueños*, Volumen I, pág. 214). Participó en las elecciones de 1924 y de 1928. En su asamblea del 11 de mayo de 1930, la primera a la cual asistió el doctor Pedro Albizu Campos, y en la que estuvo presente una comisión del Partido Unionista y otra del partido Alianza Puertorriqueña, declaró solemnemente: "Que es inaplazable la supresión inmediata del coloniaje norteamericano y se compromete a celebrar la convención constituyente que establezca en Puerto Rico el gobierno de una república libre, soberana e independiente, tan pronto reciba el sufragio de las mayorías". (Ver Bolívar Pagán, *op. cit.*, I, pág. 331). En esa asamblea fue elegido presidente el doctor Albizu Campos. Acude a las elecciones de 1932. Después de esos comicios, fue que el Partido Nacionalista adoptó una táctica revolucionaria. Mientras que los movimientos de Hitler y Mussolini eran de carácter imperialista, antidemocráticos y antirrepublicanos, el Partido Nacionalista siempre proclamó la nece-

sidad de establecer una República democrática en Puerto Rico. Fue un movimiento de liberación nacional contra la agresión imperialista.

Luego, el doctor Lewis, haciéndose eco de los enemigos del Partido Nacionalista, vuelve a llamarle "Creole Neo-fascis" (136) y menciona el asesinato del jefe de la policía, Coronel Riggs, por Beauchamp y Rosado (135). Pero se olvida de mencionar el asesinato a mansalva de un grupo de nacionalistas en la calle Brumbaugh de Río Piedras y en la Universidad de Puerto Rico por la policía en octubre de 1935. Este crimen fue el que provocó el de Riggs, en represalia. También se olvida de mencionar que Beauchamp y Rosado fueron a su vez asesinados inmediatamente después del crimen en el Cuartel de la Policía de San Juan. Estos hechos nunca han sido investigados suficientemente. El doctor Lewis se olvida de mencionar, además, la política autoritaria y brutal del general Blanton S. Winship, esa sí con visos fascistas, cuyos desmanes provocaron la desesperación entre los nacionalistas. ¿A qué se debe tan curiosa omisión? ¿A qué se debe también que acepte la versión hostil, prejuiciada, sobre los nacionalistas que da César Andreu-Iglesias en su novela *Los derrotados*? De hecho, lo que dice en la página 136 sobre los nacionalistas es un cúmulo de falsedades. Nada dice de las persecuciones contra los nacionalistas, del proceso que llevó a Albizu Campos y a otros patriotas al presidio de Atlanta. Todo esto, a pesar de que después cita (138) el informe de la Unión de Libertades Civiles culpando al gobierno por los desafueros que culminaron en la Masacre de Ponce.

En la página 284, el doctor Lewis se hace eco de otra calumniosa versión sobre los nacionalistas en el sentido de que tal movimiento surgió de un sentimiento de inseguridad del mulato que nunca podría decidirse si odiaba más al blanco norteamericano o al negro puertorriqueño. Esto, sencillamente, *no* es verdad. En el Partido Nacionalista hubo negros, mulatos y blancos, que lucharon juntos por la independencia de Puerto Rico sin que tan odiosas distinciones raciales funcionaran entre ellos.

Más tarde, el doctor Lewis vuelve a la carga llamando a los nacionalistas lunáticos y casos psiquiátricos, reflejando de esta manera los prejuicios de sus enemigos y de escritores como César Andreu-Iglesias y René Marqués. (402) Que entre los nacionalistas hubo casos patológicos, es innegable. Pero casos como esos los hay en todos los partidos y movimientos políticos. A nadie se le ocurriría caracterizarlos por esos casos.

A la luz de estas consideraciones, resulta extraño que Lewis critique a Muñoz Marín porque en sus conferencias de Harvard condenó "las emociones políticas del nacionalismo", como si fueran una forma de

infantilismo político —y una tendencia anacrónica. (512) Más bien, el tenor de la posición que asume Lewis frente al Partido Nacionalista lo llevaría a coincidir con Muñoz Marín. El doctor Lewis condena a la mentalidad puritana de los norteamericanos porque no comprenden los largos discursos y la gesticulación de Fidel Castro, pero él demuestra la misma incompreensión hacia los nacionalistas. Estos tuvieron el mérito de afirmar el principio de la nacionalidad en momento en que los intelectuales liberales decían que el concepto de nación y el concepto de soberanía habían pasado de moda. La historia de los años subsiguientes en el mundo entero dio la razón a los nacionalistas.

Volviendo al capítulo 6, nos sorprende una vez más Lewis, quien a lo largo de su libro defiende el ideal de Independencia, calificando de "casi patológica" (114) y de "antinatural" (115) la preocupación del puertorriqueño con el *status* político. Después la califica de "estéril" (126), lo cual no impide que más tarde le dedique un capítulo entero: "The Problem of Political Status". Al comenzar ese capítulo la llama "the issue of issues" (409) y en la próxima página justifica la inquietud con ese problema. ¿En qué quedamos? ¿Es una cuestión estéril o es fundamental?

En el capítulo 8, "1940 and After: The Populares", el doctor Lewis se hace eco de la tesis del Partido Popular Democrático en el sentido de que el 1940 es el año de la "transformación" decisiva en la historia de Puerto Rico. (145) Pero luego atenúa este juicio diciendo que si ha habido transformación es de índole cuantitativa y no cualitativa. (247) Es asombroso que Lewis, cuyo temperamento crítico ya conocemos, haya aceptado sin más que la historia de Puerto Rico se divide en dos períodos: antes de los Populares y después de los Populares.

En la página 145 asegura que Muñoz Marín rompió el hábito puertorriqueño de liderazgo político por camarillas de familia, lo cual no obsta para que en el "Preface" (viii) elogie al jefe del Partido Popular como encarnación de una de las dos principales familias políticas del país. Para nada menciona las acusaciones de nepotismo contra doña Felisa Rincón de Gautier, alcaldesa de San Juan.

Acepta, además, sin previa crítica alguna, la mitología del Partido Popular Democrático sobre la campaña política de 1938-40. (146-147) Sorprende que un escritor tan perceptivo no haya hecho un análisis discernidor del proceso político que desembocó en dicha campaña.

Resulta chocante que llame al Partido Popular el primer partido genuinamente nacionalista del país. (148) Es obvio que la historia del siglo diecinueve no existe para Lewis. Y, sin embargo, líneas más abajo, en la misma página, dice claramente que "la retirada de la

independencia ha significado un regreso fatal al viejo juego de apaciguar a Washington. . . ." Esto, naturalmente, no es óbice para que, en la pág. 162, manifieste que los Populares hacia 1948 comenzaron a liquidar el colonialismo como institución psicológica, aunque no se detenga a explicar cómo fue que hicieron esto.

Sobre los capítulos 9 ("Operation Bootstrap"), 10 ("The Problem of Economic Dependency") y 11 ("The Role of Labor") nada diré porque envuelven muchas cuestiones técnicas, sobre las cuales no me siento capacitado para opinar en firme.

En el capítulo 11, "Class and Community", el doctor Lewis critica la literatura antropológica y sociológica sobre Puerto Rico, casi siempre hecha por investigadores norteamericanos. Sin embargo, el doctor Lewis usa esa literatura y la cita con frecuencia en ese mismo capítulo y en otros.

En la pág. 251, declara que en Puerto Rico todo el mundo quiere ser un caballero y muy pocos aceptan que en el trabajo puede haber dignidad. Creo que el concepto de caballerosidad de Puerto Rico no implica necesariamente menosprecio a la dignidad del trabajo. Si alguna vez ser un caballero quería decir ser un vago, ya no lo es. Si una vez estuvo ligado aquel concepto al de una determinada clase social, hace tiempo dejó de estarlo. En Puerto Rico, un trabajador puede ser un caballero y un director ejecutivo o un capitalista puede que *no* lo sea.

El doctor Lewis dedica el capítulo 15 a "Family, Religion and Color". Su crítica de la institución de la familia se basa en gran parte en el conocido estudio de Mayone Stycos: *Family and Fertility in Puerto Rico*. Nos preguntamos por qué, en este caso, Lewis no aplicó sus críticas a los estudios sociológicos norteamericanos. El libro de Mayone Stycos es muy vulnerable a críticas desde el punto de vista metodológico. No creo que Lewis haya hecho justicia a los valores que se realizan en muchas familias puertorriqueñas. El amor entre los cónyuges, el cariño entre padres e hijos, el sentido de responsabilidad y deberes mutuos entre los miembros de la familia, un sentido de proyección en el tiempo—todas estas cosas existen, pese a lo que digan ciertos sociólogos. La visión de Lewis está deformada por el estudio, en extremo limitado, de Mayone Stycos. Pone énfasis en los *mores* de la sexualidad. Naturalmente, el sexo es un importante ingrediente de la vida familiar, pero no lo es todo, por mucho que admiremos a Freud. Dudo, además, por ejemplo, que el tabú de la virginidad se halle hoy tan fuertemente atrincherado, como se afirma en la pág. 265. Dudo que se pueda generalizar, presentando a los hombres puer-

torriqueños como un atajo de adoradores infantiles de la mujer, como se hace en la misma página.

En el capítulo 14, "The Debate on "Americanization", el doctor Lewis afirma que el debate en torno a la norteamericanización se inició entre los campeones de la "personalidad nacional" y los "absolutistas de la cultura occidental". (293) Estos términos pertenecen al lenguaje que se utiliza en lo que se ha llamado recientemente "el conflicto cultural". La discusión comenzó tan pronto llegaron los norteamericanos, como he sugerido antes, con Lloréns, De Diego y otros. Por otra parte, la idea de que la tesis nacionalista refleja los prejuicios de una clase intelectual, que desprecia a los pobres, como se indica en la página 296, es, por lo menos, discutible. ¿Es que en Puerto Rico ha existido alguna vez una clase intelectual? Por haber conocido personalmente al doctor Antonio S. Pedreira, no participo de la creencia de aquellos que le atribuyen tales prejuicios.

Echamos de menos en este capítulo referencias al nuevo interés en España que en Puerto Rico se advierte desde fines de la década del treinta, al renovado interés reciente en aquel país y en Hispanoamérica. Este se justifica psicológicamente como deseo de integración en el mundo cultural hispánico y, por inferencia como reafirmación de la cultura puertorriqueña ante la norteamericana.

Nada comentaré sobre los siguientes capítulos: el 15 ("The Machinery of Government"), 16 ("The Legislature"), 17 ("Parties and Politics") y 18 ("The Problem of Political Status"), por envolver intrincadas cuestiones, sobre las que no me siento capacitado para emitir juicios sólidamente fundados. De más está decir que simpatizo con muchos de los puntos de vista expresados por el doctor Lewis en esos capítulos.

En el capítulo 19, "The Growth of Education", el doctor Lewis enfoca los problemas educativos desde el punto de vista de la opinión pública. Tal manera de ver me parece legítima, si no nos olvidamos que tiene la limitación de enfocar dichos problemas por sus efectos en la vida social. Pero no hay duda de que existen cuestiones pedagógicas, que intrínsecamente merecen ser estudiadas—en sus propios términos.

En la página 452, Lewis sostiene que antes de la reforma universitaria de 1942, la Universidad sólo incluía entre sus estudiantes a los hijos e hijas de las familias bien, grupo privilegiado, sin disciplina y con frecuencia fascista. Como cuestión de hecho, *no* es cierto. Había entonces, como ahora, hijos de las familias bien, pero también había muchos estudiantes pobres. Yo estudié en aquella Universidad y *no* encontré los prejuicios de clase que sugiere el doctor Lewis.

En el capítulo 20, "The Character of Public Opinion", termina Lewis su examen del presente y con el 21, "Puerto Rico and the Caribbean", comienza su visión del futuro. Aunque no se pueda lograr una cultura del Caribe, por los muchos obstáculos que actualmente se le oponen, no cabe duda de que hoy más que nunca necesitamos mayor comunicación entre los pueblos que viven en esta región. Lewis concentra en los pueblos de las islas, pero se debe incluir también a los países ribereños como Venezuela, Colombia, Panamá, Costa Rica y otros centroamericanos. La idea de esta cultura ya se hallaba en ciertos poemas de Luis Palés Matos, que Lewis no menciona.

El próximo capítulo, "Puerto Rico and the Americas", ofrece un análisis de las relaciones entre nuestro país y la América Latina. Sólo me detendré a observar que para Lewis la Alianza para el Progreso implica que los norteamericanos están dispuestos a tratar como iguales a los latinoamericanos. Esta idea me parece muy benévola. No cabe duda de que es Washington quien define los lineamientos generales y fija las pautas a seguir en la Alianza. También es Washington quien decide los cambios importantes, por ejemplo, la reciente sustitución de Moscoso por Thomas Mann. Lewis sugiere que ante el ritmo glacial de reformas en las naciones latinoamericanas, cuyo origen está en la renuencia al cambio por parte de las clases privilegiadas, Washington tendrá que retroceder completamente o echarse a un lado. (533-534). Pues bien, Washington ya retrocedió. La política pseudorrevolucionaria de Kennedy ha sido reemplazada por una de componendas con aquellas clases y con las oligarquías, bajo Johnson.

En el último capítulo del libro, "Puerto Rico and the World Society", el autor discurre extensamente sobre el surgimiento de los nuevos nacionalismos y su papel en el mundo. Después del prolongado análisis y crítica de la obra del Partido Popular, es sorprendente que el doctor Lewis termine incluyendo a Luis Muñoz Marín en el repertorio de los nuevos líderes nacionalistas, junto, nada menos, que a Fidel Castro. (544) "Politics makes strange bedfellows", dicen los norteamericanos. Pero en este caso, es muy dudoso que ambos líderes quepan en la misma categoría. Mientras que Muñoz Marín, según dice Lewis, se ha dedicado a apaciguar a Washington, Fidel Castro ha combatido resueltamente la hegemonía de Washington en Cuba. Fidel Castro defiende la independencia de Cuba frente a los Estados Unidos. Muñoz Marín combate a la independencia de su país. Mientras que éste se alía con los capitalistas norteamericanos para industrializar a Puerto Rico, Fidel se alía con los comunistas soviéticos. Las dos figuras se contraponen en todas las cuestiones importantes.

El doctor Lewis señala como una característica de los líderes del

neonacionalismo el de ser poetas, escritores o eruditos. Pero los políticos letrados son una vieja tradición en la América Latina. Pensemos, además, en casos recientes como el de Churchill en Inglaterra De Gaulle y André Malraux en Francia y Amintore Fanfani en Italia. Como poeta no se puede situar a Muñoz Marín en el mismo rango que Aimé Césaire. No. Muñoz Martín no está en la misma categoría de los que Lewis menciona. Y menos aún va junto con Nasser de Egipto, Ben Bella de Argelia y Nkrumah de Ghana.

Termino aquí mis críticas negativas del libro de Lewis. Quedan, sin duda, muchos planteamientos muy discutibles. Entre ellos, me fascina en particular el análisis que el doctor Lewis hace de la mentalidad colonial y de la psicología del puertorriqueño. Pero la discusión de tal análisis comportaría entrar en numerosos problemas, lo cual me obligaría a prolongar irrazonablemente este artículo. Como ya dije antes, no quisiera que mis críticas dieran la impresión de que estoy emitiendo un juicio desestimador de la obra del doctor Lewis. Abuso una vez más de la tolerancia del lector al declarar que estoy de acuerdo con muchísimas proposiciones que aparecen en el libro. Es una obra muy valiosa. Merece la atención no sólo del público de habla inglesa sino de todos los puertorriqueños. Por sus incisivos análisis, por los problemas que plantea y por su riqueza de información, *Puerto Rico: Freedom and Power in the Caribbean* debe figurar como volumen indispensable, en la biblioteca de toda aquella persona auténticamente interesada en lo que acontece y lo que pueda pasar en nuestra pequeña pero amada Isla del Caribe.